

El horror del Valledor: una premonición

■ Lecciones de un incendio devastador ante los riesgos que acechan a la Asturias más despoblada



Una zona quemada, en las inmediaciones de San Martín de Valledor. | IRENE LOPEZ



Juan Luis Rodríguez-Vigil
Ex presidente del Principado

Hace cuatro días, en apenas hora y media, una espantosa lengua de fuego convirtió en cenizas más de cuatro mil hectáreas en el Valledor (Allande), destruyendo por completo uno de los paisajes más hermosos de la Asturias rural.

El fuego destruyó casas en varios pueblos, entre ellos San Martín, donde convirtió en escombros algunas de las edificaciones más emblemáticas de la zona. Han sido arrasados cientos de cabañas e instalaciones ganaderas, muchas traídas de agua, caminos, fuentes, brevederos, quedando también muerta y estéril la tierra de enormes pastizales, al igual que han quedado aniquilados los grandes bosques de robles, castaños, alisos, cerezos, abedules y pinos silvestres que definían el hermoso paisaje de la zona, donde abundaban los árboles centenarios. Los majestuosos pinos silvestres del que hasta hace poco era el oscuro, mágico y majestuoso bosque de Bedramón apenas cubren ahora un centenar de hectáreas, restando carbonizadas casi mil setecientas.

El fuego, que se inició en la zona aledaña al puerto de las Mujeres Muertas, en la linde con Cangas del Narcea, recorrió de Sur a Norte el Valledor. Fueron muchos kilómetros cuadrados y lineales los que ardieron, cediendo únicamente las llamas por efecto de la lluvia, justo en el borde de los pueblos de Berducedo, Carcedo y Armenande. Dado el viento reinante, y la inmensidad del incendio, de no ser por esa lluvia providencial, el horror habría podido extenderse a Lago y Montefurado, e incluso traspasar el puerto del Palo hasta Pola de Allande.

Pese a la tragedia, es posible que para la mayor parte de los asturianos del centro de Asturias, desconocedores de la situación y de los problemas de esa zona alejada, enclavada en el profundo

suroccidente astur, nada nuevo, ni especialmente destacable haya ocurrido. Hace unos pocos años ya quemó la mitad de Bedramón y no pasó nada, absolutamente nada. Un incendio más. Nota de prensa destacando la eficiencia de los servicios públicos y la maldad de los ignotos incendiarios. Punto final y hasta el próximo. Aquí no ha pasado nada, o casi nada, frente a lo que de verdad importa y merece debate e, incluso, gresca: los problemas habituales, cansinamente consuetudinarios de la región, que, por manidos y resobados, me ahorro detallar.

Ante las obligadas promesas de ayuda y apoyo del caso, y más en momento de elecciones, no es de extrañar el dolor, la impotencia y el escepticismo que destilan las palabras de una de las vecinas afectadas: una mujer joven, madre de una niña pequeña y embarazada de otra criatura, que con ilusión y enorme esfuerzo personal y económico había optado por unir su periplo vital a la belleza y al encanto natural de ese valle, creyendo que merecía la pena apostar por vivir en el campo asturiano, y a quien, en un santiamén, el mundo le cae encima, sin que pueda otear un atisbo de fundada esperanza más allá de las palmadas en la espalda.

No obstante, la dimensión del desastre debería obligar a una reflexión política en común y en profundidad, tanto sobre lo sucedido como sobre lo que de nuevo puede suceder allí y en otras muchas zonas de la Asturias rural si no se adoptan con rapidez y con sostenida energía medidas inteligentes y adecuadas que eviten o que palién el riesgo que, objetivamente, existe de que a corto plazo, este mismo año, o a más tardar dentro de un lustro, el fuego produzca un desastre generalizado en otros muchos concejos.

Este asunto no debería dar lugar a grandes debates técnicos, desde luego, en mi opinión, no permite diferencias ideológicas de entidad, porque las soluciones posibles, que son estrictamente políticas, se enmarcan dentro del más elemental sentido común, el cual,

es verdad, a veces, resulta imposible de alcanzar. Con todo, pienso que en este asunto es posible una acción política común, que resulta especialmente necesaria cuando, como es el caso, son pocos los recursos disponibles por parte de las administraciones públicas y hay que utilizar más la inteligencia, el acuerdo y la cooperación que la chequera, aunque ésta también sea necesaria.

Son pocos los recursos disponibles y hay que usar más la inteligencia, la cooperación y el acuerdo que la chequera

No podremos resolver la crisis del euro, pero si para algo debe servir la autonomía es para dar soluciones singulares a los problemas de Asturias

En ese análisis en común vendría dejar de lado apriorismos burocráticos y tópicos sedicentemente ecologistas, evitando en lo posible que primen las reacciones primarias, tanto de índole corporativa como de carácter justiciero de naturaleza más o menos testicular, de las que nadie está libre, y me incluyo. Esas reacciones son comprensibles en un primer momento, a la vista de los daños, pero si se mantienen e impiden analizar las razones de cada uno (incluso las de los incendiarios, aunque sean difíciles de entender), seguramente pueden dificultar notablemente o incluso impedir la búsqueda de soluciones operativas al problema.

En realidad, el incendio del Valledor es premonitorio de lo que a relativamente corto plazo puede suceder en la mayor parte de esa enorme porción de Asturias que se acerca ya a una densidad habitacional de cinco habitantes por kilómetro cuadrado. Esto es, prácticamente un desierto que ocupa un

territorio tan grande como desconocido y abandonado a su suerte. A su mala suerte.

En su mayor parte en esos territorios asturianos viven personas mayores jubiladas con un horizonte vital de muy corto recorrido. Para los jóvenes el futuro que allí se vislumbra resulta difícil y carente de horizontes. Cierto es que en esos lugares raramente se abandonan las casas, algo que puede dar impresión de vida, que es falsa, o al menos incierta, pues la mayoría de esas viviendas únicamente se utilizan como residencias vacacionales. En todo caso, a falta de quien las trabaje, las tierras de labor y la mayor parte de las praderías de muchos pueblos están hoy cubiertas de maleza o, en el mejor de los casos, de arbolado, mientras que, por su parte, los montes comunales, que en otro tiempo complementaban de forma notable la renta de los vecinos, raramente aportan algo a alguien, de modo que nadie mira por ellos de forma efectiva, razón por la cual, faltos de limpieza y de atención vecinal, también reinan en muchos de ellos la maleza y el abandono, algo que no altera, ni puede alterar, la mirada y la posesión burocrática y funcional ovetense sobre y en relación con esos montes, mirada que está en Oviedo, y por y para las cosas de Oviedo mira. A la hora de la verdad, cuando existe riesgo de destrucción del monte, esa mirada, esa gestión burocrática sirve para poco, como lo demuestra la triste experiencia del Valledor, entre otras muchas.

La catástrofe del Valledor y las lecciones que se deben de extraer de ella exigen respuesta rápida y ejemplar de las instancias políticas regionales. La dimensión del valle y su escasa población, unidas al carácter cerrado y singular del territorio y a la necesidad de solventar los efectos más graves de la tragedia, apoyando a los vecinos afectados, bien merecerían un plan piloto sobre algunas de las cuestiones que afectan de forma más candente a esa Asturias que está en evidente riesgo de despoblación total y, en último término, también de destrucción, de la cual

el Valledor es hoy triste ejemplo. Pienso que sería conveniente que en el seno de la Junta General del Principado se acordase constituir una comisión de expertos con la misión de redactar, de forma consensuada y en el plazo más rápido posible, las bases de un plan piloto, susceptible de evaluación a plazo cierto, de forma que si sale bien y da resultados positivos pueda extenderse a otras zonas con similar problemática.

Desde la autonomía no podremos resolver los problemas del euro, ni los del empleo, ni otros muchos, pero si para algo debe servir nuestro sistema es para dar soluciones singulares a problemas zonales que sólo en Asturias existen. Pienso justamente que los problemas que han surgido al socaire del incendio del Valledor son paradigma de la competencia autonómica, ya que por su especificidad requieren tratamiento singular.

Un plan como el que propongo debería afrontar soluciones, al menos, a las siguientes cuestiones: 1.º Régimen de prevención y trata-

Mezclilla

Los sugestionados

■ Los indignados del 15-M se hacen ultramarinos, para desasosiego de quienes tratan de averiguar quiénes los alientan y financian



Carmen Gómez Ojea

Los Indignados del 15-M crecen y se expanden y se hacen ultramarinos cruzando la mar oceánica, a tocarle las narices al corazón del imperio capitalista, lo que resulta un bocado intragable para cuantos preferirían sufrir una feroz invasión de ladillas en su montecillo de Venus o incluso una gonorra

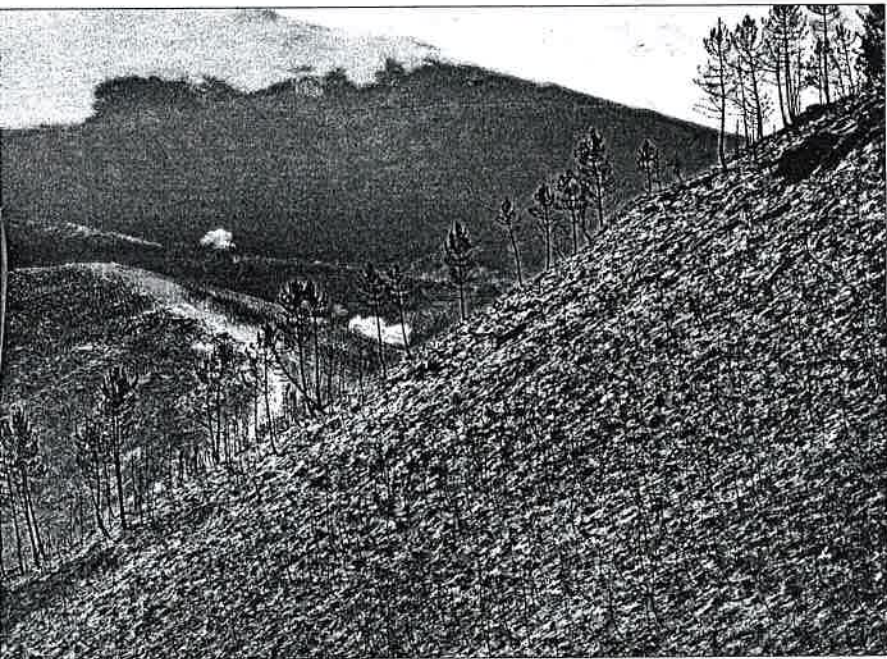
may purulenta a tener que sopor-tar el aguante de esa chusma de pies negros de los que no se sabe ni quién los dirige ni quién los subvenciona para que persistan y resistan y no haya nadie que los gasee y haga que de esa manera se esfumen. Así hablan, furibundos, los sugestionados por la creencia en la necesidad de jefes, mandarinés, druidas, pontífices, capitanes, capos y caudillos.

Son gente desvalida y débil mental, pero soberbia y orgullosa de cumplir los mandamientos de su dux y de realizar la servil tarea

de obligar a la plebe díscola a que lo obedezcan. Los sugestionados tienen una fe inamovible en que el poder de arriba abajo, el orden impuesto, el corsé, la disciplina, las esposas, la camisa de fuerza, la trepanación, la celda de castigo, el ucuse, el bastón de mando y, al final, el hipocriteo y la tierra del silencio y el olvido para los insumisos son elementos sustanciales e imprescindibles, sin los que este planeta intoxicado perdería el eje y no seguiría rotando, porque ignoran totalmente lo que es la auto-gestión debido a su sugestión de

alienados, siervos felices y esclavos satisfechos, criados que viven de propinas, de comisiones miserables, de aguinaldos, de subvenciones y donaciones, de agacharse a limpiar a lametazos botas y botines, de abrazar agradecidos las rodillas del amo que eligen como su señor y dueño de modo que, siempre que una persona usa su propia cabeza para algo anormal y fuera de lo establecido, sin la ayuda de las cabezas de ajos de los sabiondos y sabichudos de la oficial y permitida sabiduría, sale algún sugestionado tocando con arrebatado

la alarma y preguntándose quién será su mentor, el director que la maneja, la oscura fuerza que la induce a decir públicamente, por ejemplo, que no hay placer mayor que destruir lo que nos destruye a diario y que a los dueños de las mercancías les duele más que sea objeto de desprecio y nadie las quiera ni adquiera, que se las quemem; y en el caso de que no sea una sola persona, sino un grupo numeroso y tan heterogéneo en todos sentidos, como ocurre con el 15-M, se formulan también esas mentecateces respecto de su finan-



miento de incendios, primando la cercanía y la rapidez de acercamiento a los focos. 2.º Régimen de gestión del espacio, incluido el comunal, que se adecue a los tiempos económicos actuales y que sirva al incremento de las rentas vecinales, permitiendo el asentamiento de jóvenes emprendedores. 3.º Régimen de autorización y control de incendios controlados por parte de ganaderos titulares de ganaderías extensivas que sean beneficiarios de subvenciones públicas. 4.º Apoyo y régimen de ayuda singular a las actividades de promoción económica del valle, incluidas las turísticas y de servicios. 5.º Ayudas directas a los afectados, discriminando las situaciones en función de la efectiva residencia. 6.º Control de los lobos.

Detrás de cada uno de esos enunciados hay, ciertamente, muchas cosas, imposibles de detallar en un artículo. Algunas se deducen fácilmente de su enunciado y no merece la pena detenerse aquí en ellas. Otras, sin embargo, exigen una básica explicación, pues, sin ella, podrían parecer insólitas.

La concentración de medios antiincendios en los parques de Bomberos y la atribución exclusi-

va a éstos de la responsabilidad de apagar y controlar los incendios forestales no ha sido la panacea prevista, pues en los grandes incendios se ha demostrado insuficiente e ineficaz, ya que en esos casos prima, sobre todo, la rapidez en el acceso a los focos, el conocimiento del terreno y la disponibilidad horaria. Todo eso es difícilmente compatible con la concentración en bases alejadas de los montes. Las características del terreno de la montaña asturiana limitan la eficacia de los aviones y los helicópteros, aunque son más eficaces, dependen en exceso de la climatología y de la visibilidad, normalmente malas en caso de temporal.

Para ser eficaz, la acción de los bomberos exige la presencia cooperativa de cuadrillas forestales zonales y de medios antiincendios adecuada y suficientemente distribuidos por el territorio, al modo de cubas susceptibles de ser llevadas por tractores al foco del incendio al inicio del mismo. Es verdad que éstas son cosas que parecen de Perogrullo, pero la verdad es que en este terreno Perogrullo no ha tenido hasta ahora mucha audiencia en Asturias.

La severa esclerosis que sufren las sociedades del medio rural asturiano más despoblado deriva en buena medida del insólito mantenimiento del minifundio

La severa esclerosis que sufren las sociedades del medio rural asturiano más despoblado deriva en buena medida del insólito mantenimiento del minifundio. Ciertamente eso ocurre también en el resto de Asturias, pero, al contrario de lo que ocurre en el centro y las áreas costeras asturianas, en la Asturias rural despoblada las actividades relacionadas con el campo son las únicas posibles y, por ello, sus efectos son más demoleedores. El minifundio era algo inherente a la superpoblada Asturias de principios del siglo XX y de los siglos XVIII y XIX, cuando hasta las tierras más marginales fueron ocupadas, divididas por sus propietarios para conseguir más renta. Hoy, cuando apenas hay gente en el

campo, el minifundio hace imposible el asentamiento estable de jóvenes campesinos emprendedores, ya que para vivir dignamente los ganaderos necesitan utilizar, y de hecho utilizan, mucho espacio para sus ganaderías, que en el medio de la montaña asturiana obligadamente han de ser extensivas. Lo mismo que es obligado devolver la posibilidad de que los vecinos obtengan renta de los montes comunales, como ha sido la regla secular.

Por más que en este terreno haya que aplicar los criterios de concentración clásicos, pienso que, si se quiere hacer realidad el asentamiento de jóvenes, habrá que ir a más. Y ese más exige estudio y acuerdo y, seguramente, soluciones que sólo la ley, en este caso, la ley autonómica, puede dar.

Guste o no, e incluso repugne o no, el incendio para conseguir pastos, que es una de las causas de incendios forestales con efectos social y económicamente más dañinos, es algo que nadie ha conseguido erradicar en los últimos ochenta años, pese a todos los pesares, incluidas las posibles implicaciones penales y la benemérita acción de la Guardia Civil. Por lo que se sabe, esa forma de habilitar pastos en zonas de montaña se ha utilizado desde hace cientos, por no decir miles de años, por los ganaderos no sólo en Asturias, también en las zonas ganaderas de montaña de Francia, Suiza, Escocia, etcétera.

Entre nosotros, como están prohibidos, esos incendios se producen de forma clandestina, amparados antes en la «omertà» aldeana y ahora en la dificultad de la prueba, ya que se suelen hacer con nocturnidad y alevosía y, generalmente, cuando sus autores creen que van a llegar las lluvias. Lo malo es que antes de las lluvias suelen llegar los vientos, y entonces las cosas salen como hemos visto que salen: creando tragedias y catástrofes.

Sancionar con la imposibilidad radical y total de utilizar los espacios quemados para pastos o quitar subvenciones de forma generalizada, además de hacer pagar a justos por pecadores (porque no todos los ganaderos han provocado el daño), implica, además, no solventar el problema, pues quienes han quemado clandestinamente volverán a quemar, salvo que sean expulsados de su actividad económica, cosa harto difícil de

hacer, porque para ello habría que probar el hecho delictivo, y eso ya ha demostrado la experiencia de muchos incendios que es muy complicado de hacer.

Autorizar quemas controladas puede ser una opción que dé resultado positivo y que evite casos como el sufrido la semana pasada en el Valledor. De hecho, en otros países es una fórmula que ha dado buenos resultados. Ello implica que quien quiera quemar para conseguir pastos debe solicitarlo formalmente a la Administración y a la entidad titular del monte, señalando la superficie que desea habilitar para pastal y las razones económicas que justifican la solicitud. Los servicios técnicos de la Administración —que normalmente serán los bomberos y los ingenieros de montes— deben ser quienes establezcan las condiciones de tiempo, lugar y forma del incendio, las medidas de control del mismo y las garantías de cumplimiento de las condiciones impuestas, así como el régimen de sanciones en caso de incumplimiento.

La autorización de quema y posteriormente de pasto nunca debe de ser gratuita, de forma que la entidad que ceda una porción de un monte de su propiedad para pasto debe percibir siempre una cantidad, aunque ésta sea pequeña, por cada res que se beneficie de la superficie. También debería establecerse una tasa por los servicios prestados por la Administración en orden al control del incendio, además de quedar el beneficiario obligado a concertar un seguro frente a terceros, por si el incendio provocase daños.

Finalmente, quien pese a existir la posibilidad de realizar incendios controlados los realice clandestinamente debería perder todo derecho a recibir subvenciones ganaderas, sean éstas autonómicas, estatales o comunitarias, pues en buena medida todas ellas están orientadas al mantenimiento del medio y nunca a facilitar su destrucción. Con un régimen como el descrito o similar seguramente sería posible saber y discriminar entre quien ha quemado ilegalmente y quien lo ha hecho conforme al procedimiento autorizado.

En realidad, frente a lo que ha ocurrido en el Valledor hay que optar entre hacer o, de no hacer, entre el nunca más, o mañana otra vez. Y en éstas estamos.

ciación a cargo de misteriosos y perversos mecenas, pero lo realmente inquietante para los sugestionados es la sospecha de la existencia de un tenebroso partido fantasma que lo alienta, aunque no hay interrogaciones sobre quién pagó viajes y gastos a los jóvenes papistas que vinieron a exhibir su fuerza, porque todo el mundo sabe que los financiaron con el dinero de los contribuyentes el ayuntamiento y la comunidad de Madrid, cuya presidenta delira suponiendo que, en vez de dos hinchas del equipo de fútbol lugareño que le metieron un patadón a la puerta de su portal, como podían dársela a la de una boutique o de una joyería, porque les dio la gana, podría haberse tratado de una pandilla de indignados que entraron en su pi-

so, algo imposible, estando custodiado por la guardia civil, no por guardias de seguridad privados pagados de su bolsillo, a desplumarla, aunque no se sabe qué puede haber de valor bajo el techo de una pobre de pedir, pero entrando a desbarar también sería posible que el fantasma de una bisabuelita llegara de ultratumba a echarle una filípica y una catilinaria por soltar tales sandeces en público.

Pues bien, para que los sugestionados se tranquilicen, sin necesidad de meterse un cóctel de ansiolíticos y antidepressivos, deben saber que detrás de toda revolución no hay nunca políticos, puesto que, muy al contrario, ellos son los que se encargan de machacarla. Así sucedió en Francia y regresó la monarquía, y en Inglaterra

Detrás de toda revolución no hay nunca políticos, puesto que ellos son los que se encargan de machacarla

con la persecución del rey Ludd, el único que merecía respeto, según Byron, y que inició una lucha prerromántica de sabotaje contra las fábricas y las máquinas, imagi-

nando él y sus luditas que sus dueños iban a manejarlas con sus manos y, en consecuencia, todos los trabajadores del textil se quedarían sin trabajo. Si es verdad que muchos perdieron sus cumquibus para vivir y sufrieron terribles penurias, pero la mayoría eran necesarios para el nuevo sistema de explotación y se convirtieron en asalariados, y la guerra contra el maquinismo y por la preservación de los pequeños talleres familiares terminó aplastada, pues el gobierno ejerció, como es habitual, el terror y envió a finalizarla a miles de soldados, en cantidad asombrosa, superior a dos legiones romanas.

Y sucedió en Rusia y en Asturias en el 34, cuando el proletariado, sin el permiso y beneplácito de las organizaciones sindicales y los

partidos, tuvo plena conciencia de clase y se hizo comuna o germanía revolucionaria de hermanos proletarios unidos. La revolución del 15-M tiene carácter propio, porque quienes participan en ella, gente sin trabajo o trabajadora autónoma o por cuenta ajena y asalariada o que ejerce una profesión liberal, tan torturadora como las demás, aunque mejor pagada, a la que se agregan simpatizantes que participan en las asambleas, sin que tampoco falten los mirones que van a curiosear o a ver la gran reunión y hacerse una foto, en plan visita turística, demuestra que este es un mundo invivible y que otra forma de vivir es posible, y que es preciso detener ya el continuo progreso y refinamiento de la esclavitud y la barbarie.